

del Prelado, volvió á tomar posesión de su parroquia de Teapa, donde permaneció una larga temporada.

Estos son los trabajos que ha desempeñado nuestro biografiado en Yucatán y Tabasco, y varias comisiones que llevó á cabo en la época de los Ilmos. Sres. Villalbaso y Moreno, Obispos de Chiapas.

Ultimamente, desde el 18 de Abril del presente año, está gobernando el Obispado por tercera vez, á nombre y por ausencia de su Ilustrisimo Prelado.

Por nuestra parte nos limitamos á hacer votos porque su permanencia en el gobierno de aquella Mitra sea próspera y feliz para los diocesanos.



SR. PRESB. D. ROSENDO PEREZ INIESTRA,
CURA DE SULTEPEC, (MÉXICO)

SR. PBRO.

DON ROSENDO PEREZ INIESTRA

CURA DE SULTEPEC, E. DE MEXICO

ILUMINAD nuestra alma, Señor Dios de los Ejércitos, y dad sonoridad á nuestra voz para poder confesar ante todos vuestra bondad y omnipotencia!

¡Inflamad nuestra fe é impulsadnos con vuestro poderoso influjo, á fin de que no desmaye nuestro espíritu y siga, combatiendo con tantos enemigos como lo circundan, el camino que se ha trazado!

¡Perdonad á nuestros enemigos, pero alejadlos de nuestro lado!

¡Inspiradnos para que el convencimiento de la verdad pueda ser trasmitido por nuestra palabra á los impíos que insultan vuestra clemencia!

¡Protegednos, Señor, y serán ópimos los frutos que recojamos!

¡Alentadnos y no cejaremos de los firmes propósitos que nos animan, de propagar vuestra santa Religión, narrando vuestra augusta doctrina!

¡Qué grato consuelo experimenta el ánimo cuando, elevándose á su Dios, lo contempla poderoso y grande, omnipotente y bondadoso!

¡Qué dulces emociones se apoderan de nuestro sér al imaginaros, Jesus, Salvador nuestro, que para enseñarnos á practicar la caridad bajásteis á este mundo miserable á espirar en un ignominioso patíbulo, borrando con vuestra preciosísima sangre la mancha horrible del pecado!

¡Quién pudiera ir á acompañaros cerca del trono del Padre á cuya diestra estais, aunque para ello fuese necesario sufrir cruentos martirios en la tierra!

¡Quién pudiera gozar, absorto, de vuestra gloriosa presencia, aunque tuviese que vivir ignorado y miserable luengos años sobre este valle de lágrimas para conseguirlo!

¡Quién no deseara habitar en el excelso cielo que habitais, donde todo es luz y armonías, donde el perfume y los cánticos se evaporan para llegar hasta el trono del Altísimo, donde los ángeles y querubines entonan suaves alabanzas y quemán incienso en braseros de plata al pié del Tabernáculo, las vírgenes riegan de azucenas la alfombra celeste por donde transitan los justos, los confesores llevan como holocausto al altar ramos de nardos perfumados, y los mártires ofrecen sus palmas en el Ara santa donde se hacen las oblaciones al Señor!

¡Qué hermosa perspectiva!

¡Quién, por alcanzar ese premio, no arrostrará tranquilo todas las incomodidades y sufrimientos de la existencia?

¡Quién, por gozar una eternidad tan divina, no apurara, sereno y tranquilo, hasta la última gota de acibar de la copa del dolor que le ofrece el destino?

Nadie que vea con los ojos de la fe la gran dicha que nos espera á los que sepamos cumplir la misión que se nos ha impuesto.

¡Bendito seais, gran Dios, que aún no habeis apagado la llama viva de vuestro amor en nuestros corazones! ¡Alabado seais, Señor, que en los rudos combates que sostenemos continuamente contra la impiedad, nos fortificais para que no caigamos en la tentación y sostengamos nuestra creencia!

¡Ojalá y que vuestro espíritu divino derramase sobre nuestras cabezas la gran luz con que iluminó en otros tiempos, tan luctuosos como los presentes, á vuestros santos Apóstoles, para que pudiésemos por medio de nuestros escritos convertir á los herejes á la verdadera Religión!

¡Inmortal Jesus, que estais constantemente intercediendo á vuestro Padre celestial por nosotros los pecadores, pedidle que nos envíe su divino espíritu para que podamos salir avantes en la lucha que tenemos emprendida!

¡Favorecednos con vuestra ayuda, removiendo sus corazones de granito para que la palabra divina se infiltre en su alma, y de esa manera podremos eficazmente derribar los templos que la impiedad ha levantado á sus paganos dioses y sobre sus escombros edificar iglesias donde los fieles encuentren abrigo, donde puedan derramar copiosas lágrimas de arrepentimiento para borrar sus abominables culpas, y

donde, en fin, puedan ser celebrados por el sacerdote los augustos misterios de la Religión y sostenida por los cristianos la Fe Católica, que es la que debe revivir nuestra alma!

Este es el deber que nos hemos impuesto. Afirmar los cimientos de la Iglesia Católica y Apostólica, defendiéndola con ardor contra las calumnias y las diatribas que los herejes lanzan á los que profesan la fe de Cristo, Señor Nuestro.

Y tenemos que vencer, porque nuestra augusta causa por sí sola se recomienda, mientras la falsa que sostienen nuestros enemigos ha de doblegarse bajo su propio peso.

¿Qué estandarte les guía? ¿Qué baluarte les escuda? Ninguno. Proscriptos y errantes, vagan sin tino sobre la tierra, dudando hasta de sus propias convicciones y renegando de sus creencias. En su corazón de cieno no se alberga la virtud ni se acoge la verdad. Su conciencia es un pantano donde se rebullen constantemente los reptiles de sus culpas, y teniendo miedo de caminar solos por el sendero que siguen, buscan incautos que seducir para que los acompañen, á quienes arrojan, en su vertiginosa bajada, hácia el abismo.

Ellos no vencerán si Dios nos acoge bajo su manto. Sus tendencias absurdas los conducen al Infierno, mientras á nosotros nos salva nuestra fe.

Sus sectas se encuentran esparcidas y desorganizadas, mientras que nosotros nos hallamos todos agrupados en rededor de una sola insignia: la Cruz; y nos encontramos regidos por una sola Cabeza: el Papa.

Ellos no tienen quien los aliente en las batallas que contra la razón sostienen continuamente, y nosotros contamos con Ministros dignos y animosos que nos dirigen en los combates que en pro de la misma razón sostenemos, siendo uno de ellos el sacerdote digno de que ahora nos ocupamos.

El Sr. Pbro. Br. D. Rosendo Pérez Iniestra, es uno de esos sacerdotes ejemplares, de virtud acrisolada, de costumbres sencillas, que pasa la vida derramando el bien á las almas confiadas á su paternal cuidado.

Nació en Jilotepec, cabecera del Distrito de su nombre, Estado de México, el día 1.º de Mayo de 1855, en una humilde habitación. Sus padres, D. Ildefonso Pérez y D.ª María Eufemia Iniestra, pobres, pero honrados, vieron en el niño Rosendo el séptimo fruto de su amor y santa unión.

Desde sus primeros años dió muestras de virtud y aplicación al estudio, observando una conducta ejemplar y cristiana.

En el año de 1868 le faltaron las caricias de su amante madre, y desde entónces comenzó á sufrir las consecuencias de la orfandad. Pero con esa energía que lo ha caracterizado desde sus tiernos años, sufrió con resignación y paciencia aquel golpe terrible con que la Providencia divina ponía á prueba su fe y su veneración á sus augustas disposiciones.

Inmediatamente tomó la más profunda adhesión á la carrera eclesiástica, viendo en ella el término y consuelo de sus males.

Ese mismo año comenzó á estudiar latinidad, bajo

la dirección del Sr. Cura D. José Apolinar Estrada, pasando despues al Colegio de la Purísima, fundado en su población natal, yendo á continuar sus estudios al Colegio Guadalupano de Acapulco, incorporado al Seminario de México, hasta el año de 1873, cursando en este período, Latinidad, Lógica, Metafísica, Etica y Matemáticas al lado del M. R. P. Fray Feliciano Rosales. En 1874 pasó al Seminario de México á repasar Filosofía.

En el Seminario, sus maestros lo distinguieron siempre por su aplicación y adelanto en todas las clases. Viven aún tres de ellos: el Sr. Canónigo Lic. D. Pablo de J. Sandoval, el muy R. P. José Soler y el Br. D. Samuel Argüelles.

En todos sus exámenes obtuvo las mejores y más honrosas calificaciones y premios.

Cursó Teología Dogmática, siendo catedrático de este curso el Sr. Dr. D. Domingo de Barinaga y Rementería.

En Septiembre de 1880 fué ordenado sacerdote por el Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

El 8 de Octubre de 1880, la pequeña ciudad de Jilotepec se preparaba, ebria de gozo y entusiasmo, para recibir á dos de sus hijos más queridos, el nuevo sacerdote D. Rosendo Pérez Iniestra, y el Diácono D. José María Gómez Enriquez. Estos dos jóvenes, pobres huérfanos, emprendieron su carrera en la mayor de las miserias, muy especialmente el que nos ocupa; pero constantes y resignados, arrostrando to-

das las calamidades á que está sujeto el que carece de recursos, pero que tiene voluntad de carácter, ó por mejor decir, fe sincera en la divina Providencia, llegaron á la cima de sus deseos. Se les esperaba con ansia para estrecharlos en amantes brazos y traducirles bellas frases nacidas de no ménos amantes corazones.

Se tenia dispuesto recibirlos á una distancia conveniente, con música, cohetes y otras demostraciones de regocijo, ponerles en un carruaje y llevarles á la iglesia parroquial, para que allí dieran gracias al Omnipotente y á la Inmaculada Madre de Dios; pero la humildad de ellos hizo que fuera de otro modo, pues no tuvieron á bien recibir esas ovaciones y llegaron cuando ménos se les esperaba; mas apenas se supo que estaban en la casa que se les tenia dispuesta, inmediatamente se llenó de gente de todas las clases para saludarles, siendo de los primeros el señor Cura y Vicario y otras personas de lo más escogido de aquella sociedad, y allí se dispuso que fueran á la iglesia, y desde la puerta del cementerio se los llevaron con música de viento, cohetes y repique á vuelo. Entonó la Salve el nuevo Presbítero, y despues de concluir se les llevó á su habitación en medio de un gentío innumerable. La noticia de su llegada corrió como el relámpago, y todos se llenaron de regocijo al considerar que unos humildes hijos del lugar eran Ministros del Altísimo, habiéndolos escogido de entre la multitud para agregarlos al número de sus obreros.

Las invitaciones de cantamisa se habian reparti-

do cuatro días ántes, y todos deseaban ávidamente que llegase el día venturoso en que tendría lugar el primer acto sublime de su ministerio. El día 9, á las doce, las campanas anunciaron la solemnidad del siguiente día; en la tarde hubo unas solemnes Vísperas que presidió el cantamisano, en honor de María Santísima, Madre de Dios y de los hombres, pues al día siguiente celebraba la Iglesia su Maternidad divina.

El 10 de Octubre, ¡día de gloria y de ventura! ¡día feliz y de encantadores recuerdos! tuvo lugar el solemnisimo acto de cantamisa, acto tan grandioso y de tanta alegría para aquel pueblo. La iglesia parroquial de aquella ciudad estaba de boda, vestida de blanco; aunque sin elementos de riqueza, se la adornó decentemente hasta donde la posibilidad alcanzó, habiéndose preparado con anticipación.

El señor Cura y Vicario, con grande entusiasmo y placer, no omitieron sacrificio alguno para que la solemnidad fuera completa; hubo las dos misas de costumbre, y á las diez de la mañana la de cantamisa, comenzando con una solemne tercia. No fueron suficientes las dos misas, pues en todas se llenaba el templo, y en la de función fué tanto el concurso, que no era posible que estuvieran cómodos los fieles, estando henchidas las capillas, sacristía, contrasacristía, claustros y aun el cementerio, todos deseosos de participar del grandioso espectáculo que se ofrecía á su vista. La orquesta de aquella ciudad estrenó una misa del maestro Paniagua, instrumentada por el jóven Celestino Barrales, y desempeñó varias

piezas nuevas compuestas exclusivamente para esos días. Acompañaron al nuevo y digno sacerdote, como padrinos, el muy respetable Sr. Cura y Vicario foráneo, Pbro. Br. D. Basilio Soto, y su no ménos apreciable y virtuoso Vicario, Pbro. D. Cesáreo de Jesus Mondragón, que fué en representación del señor Cura interino de la parroquia de Ixtlahuaca, Pbro. D. José Apolinar Estrada, quien debió estar presente y que por enfermedad no lo pudo verificar.

De Diácono, como llevamos dicho, para su primer evangelio, el Sr. José María Gómez Enriquez, y de Subdiácono el Sr. D. Bernardino Rentería, compañero de colegio y buen amigo de nuestro biografiado. De Maestro de Ceremonias el M. R. P. Fr. Antonio Islava, Vicario fijo de San Andrés Timilpan. Desempeñó el sermón, digna y elocuentemente, con la unción que le caracteriza, el Pbro. D. Cesáreo de Jesus Mondragón, como de antemano se lo habia ofrecido á nuestro cantamisano. Padrinos de agua lo fueron los Sres. D. José María Guzmán y D. Vicente Maldonado, primo hermano del Pbro. Pérez Iniestra, persona de grandes méritos por su filantropía y caridad, pues á pesar de tener una numerosa familia y ser de mediana posición, él, su esposa é hijas, especialmente la mayor, tomaron á su cargo la asistencia del que venimos haciendo relación, no omitiendo sacrificio alguno para que nada le faltara en todo el tiempo de su carrera. ¡Honra y alabanza á los protectores del desvalido y apoyo del huérfano! ¡Dios le prodigó en esta casa su Providencia.....

La misa concluyó á la una; siguió el besamanos,

sin hacer caso de estar á esa hora muchas personas en ayunas y todas sin comer, hasta cerca de las tres de la tarde, pues nadie quiso separarse sin tener la satisfacción de poner sus labios en las manos consagradas, que por primera vez habian elevado la hostia inmaculada al Dios de las misericordias.

De la iglesia se les llevó á casa de D. Vicente Maldonado; todos con el más grande regocijo seguian la comitiva, mostrando la alegría de sus almas en el semblante.

En aquella casa, donde se le acogió tan benignamente y con tanto entusiasmo cuando disfrutara de sus vacaciones, se preparó una comida que no dejó que desear á las personas que fueron á felicitarle.

En la tarde se organizó un concierto dirigido por el Sr. D. Benito David, que desempeñaron las señoritas María de los Dolores Maldonado, Adelaida David, María del Carmen Maldonado, María Cruz Sanchez, Paula Maldonado, Josefa Barrales, Joaquina Maldonado, Romana Ordoñez y otros señores y señoritas de lo más escogido de aquella sociedad, en el que se pronunciaron varios discursos alusivos á la solemnidad.

En los días siguientes se disputaron el honor de detenerlo en su casa, para obsequiarlo, varias personas, pues todas las familias de aquella localidad lo aprecian y le consagran su amor y su respeto; pero muchas de ellas se quedaron con el sentimiento de no haber obtenido su visita, por el corto tiempo de licencia que tenia concedido de su Ilustrísimo Prelado, lo que le hizo volverse á México.

Fué nombrado luego Vicario de Zinacantepec, captándose el cariño, estimación y respeto de aquellos feligreses.

En 1882 fué nombrado Vicario de la Gavia y poco despues encargado de Villa de Victoria. En 1883 pasó á servir la Vicaría de Tecomitl. En 1885, Arroyozarco, Timilpan y la parroquia de Chapantongo, y encargado de Alfajayucan. En 1886 se le nombró Cura de Milpa-Alta, que sirvió hasta fines de 1889 que pasó á la de Juchitepec y á fines de 1890 á Sultepec, donde hasta hoy permanece derramando el bien, siendo incansable en el trabajo, ya el propio de su ministerio, ya el de reforma, construcción y ornamento de sus templos.

La iglesia parroquial de Sultepec, que hace ya más de cien años que se encuentra en construcción, ha adelantado mucho en estos últimos meses debido á los esfuerzos heróicos y completo desprendimiento del digno y ejemplar Sr. Cura Pérez Iniestra. En este corto tiempo se ha hecho relativamente más que en los cien años que tiene el templo de estar construyéndose. Está ya cubierto todo él, habiéndose construido cinco bóvedas en poco tiempo. Recientemente llegado el Sr. Pérez, se dedicó de una manera decidida á la conclusión de una hermosa capilla del Sagrado Corazón de Jesus, que es un monumento de buen gusto, decencia y arte, que da honra á Sultepec.

En todas las parroquias que ha servido nuestro biografiado ha dejado gratísimos recuerdos. En Milpa-Alta edificó y decoró tres capillas: la del Sacra-

tísimo Corazón de Jesús, que muy complacido bendijo el Ilmo. Sr. Labastida, finado Arzobispo de México, que mucho apreciaba al Sr. Pérez, el día 29 de Mayo de 1889, Dominica de Pentecostés; la de Nuestra Señora de Guadalupe y la de Nuestra Señora de la Luz.

Fundó una colonia, repartiendo lotes á veinticuatro familias pobres, en terrenos que compró de su propio peculio. Empezó en aquella población la benéfica obra del acueducto que ha de abastecer de agua á Milpa-Alta y sus pueblos, obra magnífica y de gran utilidad.

El templo parroquial recibió en su tiempo notables reformas; se le proveyó de ornamentos, hermosas imágenes, órgano, piano armonium, etc. Aun la nomenclatura y algun alineamiento en las calles de Milpa-Alta se deben al Sr. Cura D. Rosendo Pérez Iniestra. Fundó escuelas, estableció un colegio de instrucción secundaria, que terminando con su separación, algunos jóvenes pasaron al Seminario de México, los cuales al finalizar su carrera recordarán con gratitud que el Sr. Pérez fué su bienhechor é iniciador de ella.

En Sultepec, desde su llegada, hizo sentir su carácter activo y emprendedor en el templo parroquial y en la capilla del Calvario, que comenzó desde sus cimientos y á su separación la dejó muy adelantada. En Tecomitl adelantó mucho el culto sagrado la reformó de las costumbres; compró imágenes, ornamentos y cuantos útiles pudo para aquel templo.

En todas partes el Sr. Pbro. Pérez ha dejado testi-

monios grandiosos de su actividad, celo y cumplimiento de sus sagrados deberes.

En el púlpito se le oye con agrado, teniendo su fácil palabra una santa unción. En todas partes ha fundado ó levantado asociaciones del Apostolado, de la Oración y Guardia de Honor. Todos los pueblos que le han conocido le han amado con justicia, de modo que su separación de cualquiera de los Curatos que ha servido la han llorado todos, siendo esos días de luto, desolación y tristeza.

Todo en él es amabilidad para con el pobre; no sabe distinguir en su mesa ni al más insignificante mendigo; y todas estas obras, sin temor de equivocarnos, lo hacen grande entre los grandes y muy digno de su ministerio sacerdotal.

Siendo en él todo trabajo, actividad y cumplimiento, muy dignas son las bendiciones que le tributan los fieles que tienen la dicha de ser guiados por tan eminente Pastor.

No acabaríamos si quisiésemos dar más extensión á la biografía de tan insigne Ministro de nuestra Santa Religión, y por eso nos hemos concretado á dar únicamente estos datos que servirán como prueba de la insuficiencia de las calumnias que propalan los enemigos de los sacerdotes que defienden la causa siempre santa del Catolicismo.